**SOBRE RUEDAS Y SIN MIEDO**

Desde que Israel tenía 14 años, el skate fue algo muy diferente a lo que se convirtió́ después. Al principio, comenzó́ a patinar solo como un medio de transporte. Vivía cerca de la escuela y en lugar de caminar, se subió́ a una tabla que le había prestado un amigo, hasta que Israel armó su propia tabla. Para lograr eso, sus amigos lo ayudaron a conseguir los componentes, como la tabla que le regaló el dueño de la tienda Vengadores, y los trucks, ruedas y rodamientos que le regaló su amigo Tuto, que también era compañero de él en el liceo. Al principio solo la usaba para ir de un lugar a otro, pero con el tiempo se dio cuenta de que había algo más en ese deporte.

Ya no solo usaba la tabla para ir a la escuela o al parque; había descubierto que el skate era una forma de liberarse, de desahogo, de encontrar su lugar tranquilo en un mundo donde a veces no sabía cómo encajar. Siempre llevaba su gorro de lana negro que le había dado su Tata, sin importar el clima. Aunque a veces el calor era insoportable, prefería no dejar el gorro de lana, cuando el sol pegaba fuerte, cambiaba a su gorro de pescador negro, más fresco, pero igual de cómodo. Esa era su forma de sentirse bien mientras andaba por las calles.

Al principio, Israel solo buscaba la manera más rápida de llegar a su destino. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo y las calles se convirtieron en su pista de práctica, comenzó́ a sentir algo más en cada salida. El sonido de las ruedas sobre el concreto, la forma en que se sentía al dominar las calles con su tabla, le hizo darse cuenta de que el skate era algo más que solo transporte. Era una forma de escapar, de encontrar algo de paz en un mundo que a veces se sentía demasiado ruidoso.

A sus 15 años mientras patinaba en el skatepark de la ciudad, Israel sufrió́ un accidente. Estaba haciendo un truco y termino perdiendo el equilibrio y cayó fuertemente sobre su hombro izquierdo. El dolor fue inmediato. Tras la caída, supo que algo no estaba bien y, después de una visita al hospital, los médicos confirmaron lo que temía: tenía la clavícula fracturada. El golpe fue duro, no solo físico, sino también emocional. Había estado progresando mucho en su patinaje, y ahora tendría que detenerse. Fue un tiempo difícil, lleno de frustración, pero Israel no perdió́ la esperanza.

Tras varios meses de descanso y rehabilitación, ya con 16 años Israel volvió́ a subirse a la tabla. Cada día, aunque el dolor todavía estaba presente, no dolor físico sino mental, se sentía más fuerte y decidido a no dejar que la fractura lo detuviera. Esa experiencia le enseñó́ que las caídas no solo son parte del skate, sino de la vida misma. Recuperarse de un accidente tan grave le mostró lo importante que es no rendirse, siempre levantarse y seguir adelante.

En el liceo, no era el chico popular. Su grupo de amigos era pequeño, pero con ellos, en el parque, Israel sentía que estaba en su elemento. Algunos de sus amigos también practicaban skate, mientras que otros solo se reunían para verlo hacer trucos, o para compartir esas risas en cada porrazo. Aunque no competía con nadie, Israel comenzaba a desafiarse a sí mismo con trucos cada vez más difíciles en el bowl del skatepark en la ciudad, siempre con la misma mentalidad de que caerse no era un fracaso, sino una oportunidad para aprender.

En casa, su madre y abuela al principio no entendían por qué no usaba una bicicleta como la mayoría de los chicos de su edad, pero poco a poco se fueron dando cuenta de que el skate se había convertido en algo más que un simple transporte. El tiempo que pasaba sobre su tabla lo ayudaba a sentirse más seguro y tranquilo. Su tío, una vez que lo vio patinando afuera de la casa, le dijo en tono burlón: *“¿Algún día vas a participar en una competencia o no?”* Israel no sabía si competir era lo suyo, pero sentía que cada truco logrado era una pequeña victoria personal.

El skatepark donde se reunían los chicos de la ciudad y alrededores se convirtió́ en su refugio. Allí no solo podía patinar, sino también ser él mismo, lejos de las presiones de la escuela y las expectativas de su familia. A veces, al final de la tarde, cuando el sol comenzaba a ocultarse, Israel se sentaba en las escaleras del skatepark, viendo a sus amigos practicar, mientras pensaba en todo lo que había aprendido desde que empezó́ a patinar. Aquella tabla que solo usaba para ir de un lugar a otro ahora le enseñaba lecciones sobre la vida, la paciencia, la perseverancia, la disciplina, y lo importante de levantarse después de cada caída.

Israel soñaba con algún día poder participar en competiciones y, tal vez, viajar a otros lugares, pero por ahora, su felicidad estaba en esas tardes de skate con sus amigos, en el skatepark. Cada vez que superaba un nuevo truco, sentía que también estaba superando un desafío en su vida. Cada caída le enseñaba algo nuevo, no solo sobre el skate, sino sobre cómo afrontar los obstáculos que la vida le ponía delante. Aunque su madre y abuela seguían sin comprender del todo su pasión, comenzaron a ver que el skate no solo lo mantenía entretenido, sino que también lo ayudaba a crecer como persona. En un momento, su madre, sorprendida por un truco que Israel había hecho, le dijo: *“Está bien, hijo, sigue persiguiendo tus sueños.”* Esas palabras, aunque sencillas, fueron todo lo que necesitaba para seguir adelante, sabiendo que no estaba solo en su camino.

Por ahora, Israel no pensaba mucho en el futuro. Su felicidad estaba en el presente, en el sonido de las ruedas girando sobre el concreto, en la brisa fresca mientras patinaba, y en la sensación de estar completamente libre, lejos de las preocupaciones del día a día. Con su gorro de lana o su gorro de pescador, él sabía que el skate era más que una forma de transportarse: era su forma de vivir.

**MOXILA**

**MXL**